

Vivlioteca

Erlantz Urtasun Antzano – Historiador

Ya me perdonarán, pero es que a mí, cuando entro en una biblioteca, me gusta que sea ella, y no la esperpéntica «vivlioteca» que no sólo me sonroja, qué pensarán los turistas que tanto nos visitan, sino que me abochorna hasta que, para mi vergüenza, fijo en el suelo la misma mirada incrédula que, de mocete, a veces perdida se me quedaba.

Por eso levanto el rostro y junto letras, escribo, y veo frente al edificio que guarda los libros otro en el que las mentes más tempranas creen lo que los maestros dictan. Allí, en la II República y el franquismo, los niños debían aprender un ingenioso lema, frase mágica como esas de las agendas, las que personas célebres nos han legado, ya sean San Pablo y Mao, Groucho Marx o el inefable Murphy.

Una abuela de la capital, que aún vive, me lo confesó hace años: «vasco ser, oreja no tener, ir al colegio y no aprender». Ella no sabía otro idioma que el castellano, pero lo mismo que sus vecinas tuvo que recitar en clase la frase de marras un día sí y otro también, para que no se les olvidara. Y no lo hicieron.

Me dio por investigar y comprobé, para nuestra común desgracia, que semejante jolgorio gramatical convertido en recurrente desatino ideológico no había sido un simple precedente del televisivo Joshepo, ni obra de algún que otro profe psicópata sino que, en pleno Valdizarbe, disculpen que mantenga el anonimato de la fuente, les hacían aprender lo mismo.

El caso es que yo estaba en la susodicha plaza, entre las escuelas de aquella abuela y la biblioteca, léase en la plaza de San Francisco de la vieja Pamplona, la nueva Iruñea cuando, sin apenas dudar en la elección por las canas subí las escaleras, crucé las puertas acristaladas y, quién me mandaría a mí hacerlo con el solico que hacía, accedí a la biblioteca.

Vaya por delante que la biblioteca me parece estupendísima, con sus mesas para estudiantes, área de prensa goce de los jubilados y sección de internet que mantiene la gratuidad de la cultura pública. Digo esto porque el personal del edificio siempre me ha resultado eficiente, amable y en más de una ocasión ha sabido solventar con una sonrisa en los labios pequeños grandes errores del que suscribe, meras torpezas, despistes atribuibles a que uno ya no es lo que era. Así que a ellos de ninguna manera, ni tampoco a los fallos informáticos que suelen padecer, se les puede adjudicar el galardón que convirtió su biblioteca en «vivlioteca».

Si usted entra en la biblioteca y desea pedir un libro, CD o DVD para disfrutar en casa deberá, como en Estados Unidos, Suecia o Gran Bretaña, llenar una ficha para tener el carnet de la red de bibliotecas, un carnet de conducir que permite circular por las autovías del pensamiento.

Hasta ahí todo correcto. Cojamos una ficha. Está en castellano. Bien, mucha gente no conoce otro idioma, es una necesidad práctica, perfecto. Miro al fichero de al lado. Pone que tiene fichas en castellano y euskara. Pues ya no lo entiendo tanto, porque si hay ficha en castellano, ¿para qué otra en bilingüe? La economía nos dice que basta una en los dos idiomas, sin más, o que si se ofrece una en castellano, podía tranquilamente ponerse a mano otra en euskara.

Qué le vamos a hacer. Cojo la ficha del que dice estar en castellano y euskara. Veámos. El texto principal está en castellano y, algo más pequeño, con la letra que se dice en cursiva, es decir, tumbada hacia la derecha, han escrito la traducción en euskara. O sea, que a bote pronto lees sin esfuerzo las palabras en castellano y te tienes que dejar las cejas, aumento de gafas en mi caso, para saber qué coño pone debajo en euskara.

Pues, a quien corresponda: no lo comprendo. Si tienes una ficha íntegra y exclusiva en castellano, ¿para qué otra bilingüe en la que el castellano se entiende y el euskara parece que se ha puesto de adorno? ¿para qué dos fichas que, en la práctica, están en castellano?

Me temo que en la Unión Europea esto no pasa en ninguna parte y, como señalaba al principio, empiezan a subirme los colores por las mejillas. Hombre, un poco de seriedad, que esto no es una cuestión política sino una chapuza que en Bruselas no te la asumen ni socialistas, ni populares, ni grupos minoritarios; nadie del arco parlamentario. Insisto, ¿qué pensarán quienes nos visitan? ¿De qué sirve el esfuerzo de nuestros excelentes profesionales, laboriosa hostelería, altísima calidad del comercio si la administración navarra compite para ver quién es más atrasado culturalmente?

En fin, uno sabe algo de euskara y, acordándose de cuando nuestros reyes lo llamaban «la lengua de los navarros», me decido a sumar galones en el oftalmólogo y leo las palabras inclinadas bajo el texto en castellano. Créanme, en una ficha tan pequeña parece mentira que haya tantos errores ortográficos. En euskara, porque el texto en castellano está impecable. Salgo de Matrix, bienvenido al mundo real, estoy en la Vivlioteca.

A lo que íbamos, supongamos que ya hemos hecho el carnet más surrealista al oeste de los Urales y cojamos otra hojita, la de pedir los libros y cintas. Mira qué curioso, ésta es bilingüe, por un lado en castellano y por el otro en euskara. Progresamos. Claro que igual empiezas a escribir y no te das cuenta que por el otro lado hay otra lengua que también podías usar, y es que, otra casualidad, en los papeles a mi alcance el lado a la vista es el escrito en castellano.

Se me ocurre que podrían estar a la vista los dos idiomas, que no será tan difícil hacerlo. Pero pronto tuve otros menesteres más importantes a los que prestar atención. Y es que, para mi sorpresa, las penalidades no habían terminado. Al rótulo de vivlioteca le faltaba que las letras estuvieran sueltas, casi cayéndose, cual viejo neón de los setenta.

Observo la ficha y, aparte de las faltas de ortografía de rigor, que no escaseaban, llegué a la extenuación, el delirio, la unión con lo místico hasta, permítame el director de este medio, el orgasmo. Para dar nuestros datos, en el lado en castellano puede leerse: «Nombres y apellidos». En el de euskara, traduzco, lo siguiente: «Nombres y apellidos, legibles».

Así que después de aguantar el ninguneo de una lengua, su inexplicable arrinconamiento, inculto desprecio, faltas de ortografía por doquier, de remate te arrean con que si, al final del proceso de autoflagelación sadomasoquista aún te animas, y ninguna persona normal lo haría, si todavía te animas a poner tus datos en euskara, una vocecita de ultratumba, el veinte del presente mes hace treinta años que nos dejó huérfanos, un oráculo cavernoso, lejano en la memoria pero a flor de piel, tanto que notas su respiración en tu nuca, un frío aliento te recuerda que si das tu nombre y apellidos en euskara, tu letra sea bien legible.

¡No se preocupen por nada! Por supuesto que sé que es una nimiedad, que alguno ha metido la pata y nada más, que no tiene la menor importancia y puede arreglarse en un abrir y cerrar de ojos. Justo lo que me costó salir a la plaza, mirar a la fachada de las escuelas y oír, entre lágrimas y golpes de regla a la vieja usanza, la aterrorizada voz de nuestras abuelas, ayer niñas: «vasco ser, oreja no tener, ir al colegio y no aprender».

No me vengan con viejas cantinelas, izquierdas o derechas, grupos y grupúsculos, táctica y estrategia, intereses creados, ambiciones o personales rencillas. Suficiente es que nosotros, los ciudadanos de a pie, entremos en vivliotecas. Acepto que este tiempo es el que me ha tocado vivir, pero me niego a que los niños no tengan bibliotecas. En castellano y en euskara: Nombres y apellidos bien legibles. Nombre, 2007, apellidos, nuestra última oportunidad.